

DISCURSOS

PRONUNCIADOS EN LA
APERTURA DEL NUEVO
AÑO LECTIVO EN LA
UNIVERSIDAD NACIONAL
DE LA PLATA,
EL 1 DE ABRIL DE 1965

LA PLATA
REPUBLICA ARGENTINA
1965

APERTURA DEL AÑO LECTIVO 1965

Julio F. A. F. Galindo

AUTORIDADES DE LA
UNIVERSIDAD NACIONAL DE LA PLATA

Presidente

DOCTOR ROBERTO CIAFARDO

Vicepresidente

INGENIERO CONRADO ERNESTO BAUER

CONSEJO SUPERIOR

Decanos

Ing. Agr. HÉCTOR C. SANTA MARÍA, Ing. CONRADO E. BAUER, Dr. BARTOLOMÉ FIORINI, Dr. CARLOS FEDERICO GARCÍA, Dr. ALFREDO J. GARCÍA PIRAZZI, Dr. HÉCTOR LUIS FASANO, Dr. LUIS PIANZOLA, Dr. MARIO EGIDIO TERUGGI, Cr. PEDRO DELFINO, Arq. ALFREDO JUAN KLEINERT, Dr. SIMÓN GERSHANK.

CONSEJEROS TITULARES

Delegados de los profesores

Ing. ALFREDO M. LEGUIZAMÓN, Ing. ENRIQUE P. VILLARREAL, Dr. JORGE LASCANO, Prof. RICARDO NASSIF, Dr. GREGORIO ANDRÉS CARO, doctor ENRIQUE GASPAS ESCALANTE, Dr. RICARDO ROSENDO RODRÍGUEZ, doctor ENRIQUE MODESTO SÍVORI, Cr. NATALIO VICTORIO VITTONI, Dr. ALEJO MARIANO FOURNIER.

Delegados de los graduados

Ing. Agr. ALFREDO N. BETTENDORFF, Ing. RAÚL R. DE LUCA, doctor LEOPOLDO J. RUSSO, Prof. LÁZARO SEIGELSCHIFER, Dr. CECILIO ALBERDI, Lic. RICARDO PEDRO OCHOA, Dr. NÉSTOR O. DRON, Geól. JORGE RAFAEL, Cr. MIGUEL ANGEL GARCÍA LOMBARDI, Arq. ENRIQUE FERNÁNDEZ.

Delegados de los estudiantes

SUSANA DESSY, RAÚL A. PESSACQ, CARLOS ALBERTO CAÑETE, DANIEL PABÓN, ALBERTO O. MÜLLER, HUGO JULIO LARA, HORACIO L. PERECHODNIK, JORGE ORLANDO SAN CRISTÓBAL, MARIANO A. GIL, JUAN M. VALCÁRCEL.

Secretario general

Dr. OSVALDO BALBÍN

Prosecretario general

Sr. ELIOSER C. ROSSOTTI

Director General de Administración

Dr. HUGO EMIR SCAFATI

Tesorero General

Sr. RAFAEL F. ARRIOLA

DISCURSOS

PRONUNCIADOS EN LA
APERTURA DEL NUEVO
AÑO LECTIVO EN LA
UNIVERSIDAD NACIONAL
DE LA PLATA,
EL 1 DE ABRIL DE 1965

LA PLATA
REPUBLICA ARGENTINA
1965

DEL DOCTOR ROBERTO CIAFARDO,
PRESIDENTE DE LA UNIVERSIDAD

EL precepto estatutario que manda realizar este acto solemne, me depara el alto honor de declarar inaugurado el curso lectivo de 1965 y dar la bienvenida a los nuevos profesores y a los jóvenes que, frente a su destino, decidieron ingresar a los claustros de nuestra casa.

Unidos por vehementes anhelos y empujados por la fe y la pasión que llevan en su trama virtud creadora y potencia constructiva, emprendamos la marcha con las pupilas apuntando hacia un alto ideal: coadyuvar con la máxima energía en la noble faena universitaria de elaboración del progreso y la unidad de la ciencia y la cultura, y de formación integral del hombre.

Sin duda, la coyuntura es propicia para esbozar siquiera, las bases esenciales de ese eminente programa.

Los deslumbrantes descubrimientos científicos y técnicos de las últimas décadas, promueven con creciente celeridad profundas transformaciones del Universo; y la tendencia al dominio progresivo de la máquina, define el signo de la realidad socioeconómica contemporánea.

Es inoficioso enaltecer los ingentes beneficios que proporciona la tecnificación, pero se impone transfundirle el influjo vivifi-

cante de los conocimientos aptos para precaverse del peligro de deshumanizarla. O dicho con otras palabras, evitar el riesgo del vasallaje de la personalidad, que redundaría en el eclipse del hombre.

Se trata de bregar por la armonía funcional de la sociedad, alumbrando con la luz de la filosofía, las letras y la historia, el ámbito de las ciencias exactas y las de la naturaleza, e integrando la formación humanística con los principios fundamentales de esas disciplinas científicas.

Con esa concepción, que consagra el principio de indivisibilidad de la cultura humana, define nuestro Estatuto la misión específica de la Universidad, y la idea tiene, por otra parte, preclaro linaje en esta Casa: Francisco Romero¹, uno de los calificados expositores que exaltaron los altos valores de la polifacética personalidad de su ilustre fundador, en los actos de conmemoración del centenario de su nacimiento, afirma con razón que "González es un político integral de la cultura, y como tal debe ser estudiado y aprovechado, sobre todo en esta sazón, en que la culturalización o la humanización es cuestión tan capital que, sin exceso, se la puede llamar cuestión de vida o muerte".

Es indudable que las circunstancias asignan carácter perentorio al examen solícito de su genial trabazón de ideas creadoras, porque desarrollando las que aún no han tenido plena ejecución y actualizándolas e integrándolas, con arreglo a las corrientes renovadoras que suscita sin cesar el pensamiento humano, la Universidad de sus dorados sueños, como taller de elaboración de una

¹ FRANCISCO ROMERO, *Joaquín V. González y la Universidad*. En: "Joaquín V. González - Homenaje en su centenario". Buenos Aires, Editorial S. A. G. A., diciembre 1º de 1964.

cultura de acento humanista y mediante la interrelación armónica de la fecunda labor de sus Facultades e Institutos, y su estrecha conexión con las condiciones concretas del medio circundante, podrá cumplir la misión que demanda la índole constitutivamente móvil de la estructura social.

Abordaremos el ingente programa de reforma, con el firme designio de contribuir a consolidar los pilares de un sistema educativo enderezado a no desaprovechar el mínimo rayo de luz de ese prodigioso tesoro que es la capacidad intelectual y moral de la juventud, haciéndola partícipe del proceso de desarrollo de su propia personalidad y habilitándola para enfrentar, con sentido integral, el esclarecimiento de los problemas científicos, filosóficos, artísticos, sociales y políticos que comporta la naturaleza harto compleja de la vida contemporánea. Y para cumplir su misión, en medio de las asechanzas del mundo competitivo en que se halla inmersa, sin reparar en señuelos y avizorando con ardor la noble estrella del ideal, “la estrella refulgente y sonora” de que habla Miguel de Unamuno ², con esa su admirable fuerza expresiva.

Se trata de articular los instrumentos de una política educacional que propenda “a la formación plenaria del hombre como sujeto y destinatario de la cultura”³, a la formación de hombres libres, capacitados para determinarse con espontaneidad, sin tutelas humillantes ni viles sumisiones, de acuerdo con las leyes del orden y la armonía, basadas en los principios del ideario democrático.

² MIGUEL DE UNAMUNO, *Vida de Don Quijote y Sancho*.

³ Estatuto de la Universidad Nacional de La Plata, art. 1.

Precisamente porque propende a la formación integral de la personalidad, porque no se circunscribe a la actividad intelectual y porque despliega sus alas sobre todo el ámbito del conocimiento, la auténtica labor científica tiene virtud creadora y finalidad primordialmente educativa. **Y tiene móvil educativo porque, regulada por el valor supremo de la libertad, comporta el cultivo armónico de las ciencias puras y las aplicadas, las de la naturaleza y las del espíritu, sustentándose en la realidad palpitante de la vida del individuo y la sociedad.**

Por eso ha dicho Langel, con acierto, que “la ciencia independizará a la humanidad; no una ciencia ocupada tan sólo del mundo vegetal o mineral, ni todavía la ciencia de la existencia, sino la ciencia última, la ciencia del espíritu”. Por eso, la creación científica y la artística carecen de nacionalidad; la avidez de verdad y de belleza no reconoce fronteras entre los pueblos civilizados del orbe y los bienes perdurables de la cultura vuelan sin trabas sobre toda la humanidad.

Por eso, con los frutos del estudio y de la investigación, se amasa el triunfo del supremo ideal de la universidad y la unidad de la ciencia.

Por eso, los filósofos, los científicos, los literatos, los artistas, los educadores, son secretos eslabones de solidaridad entre los hombres de todas las latitudes, de todas las razas y de todos los credos, favoreciendo la feliz comunión de los intereses, las inquietudes, los anhelos y las esperanzas del género humano.

Nuestra Universidad, de entraña liberal y progresista, a menudo señaló rumbos a las especulaciones de la ciencia y la

cultura universales. Y siempre vio la vida de la Nación, ejerciendo generoso influjo sobre la sociedad y el Estado, por su efectivo aporte al proceso del desarrollo de las instituciones de la República y a la configuración de la idiosincrasia de su pueblo, lo que equivale a decir que cooperó siempre activamente en la formación de la conciencia nacional.

Consecuentes con esa patriótica ejecutoria, aplicaremos todos los recursos disponibles y los máximos esfuerzos, para impulsar la labor de sus equipos orgánicos de investigación científica y técnica, de acuerdo con las perentorias necesidades del país; y paralelamente, en virtud de su ínsita sensibilidad social, daremos impulso de dilata proyección hacia la comunidad, a los servicios de extensión universitaria, en la sublime empresa de educación popular.

Para lograr esos objetivos, se impone la máxima consagración al noble apostolado del estudio y la docencia, impartiendo enseñanza objetiva, práctica, realista, es decir, enseñanza apta para forjar en el alumno la conciencia cabal de la voluntad y el esfuerzo que demanda la adquisición del conocimiento y de la limitación propia del saber científico, que se nutre en el axioma según el cual “la verdad de hoy es el error de mañana”.

El apotegma de Joaquín V. González define la doctrina de ese sistema docente: “no existe la cátedra sin la plena personalidad del alumno”.

Por eso, el profesor debe cumplir su sagrada misión de fecundar inteligencias y educar caracteres, en afable comunión espiritual con el estudiante, eliminando el estéril artificio de toda frontera de separación entre quien enseña y quien aprende, dando al alumno activa participación en el análisis de los problemas, transfundiéndole sentimientos puros, fomentando apetencias culturales

y artísticas, atendiendo a sus necesidades materiales y encauzando la enseñanza en estrecha vinculación con la realidad nacional.

Sólo así se logra el ideal de formar escuelas con orientación científica definida y noble patrimonio moral, o sea, escuelas formativas de discípulos en cuya idiosincrasia, estilo y temperamento, se trasuntan la idiosincrasia, el estilo y el temperamento del profesor.

Sólo así, con el ejemplo de una vida laboriosa y honesta, el maestro logra inculcar los principios de la lección suprema: la que enseña que sólo se triunfa transitando por los senderos del esfuerzo, el desinterés, el deber y la probidad, de acuerdo con la apodíctica sentencia de La Rochefoucauld: "puede haber mérito por elevación, pero no hay elevación sin mérito", la que enseña que para dar esplendor al sacrificio de la existencia, hay que amar la verdad, hay que acatar el derecho, hay que defender la justicia y hay que prodigar la solidaridad, el consuelo y la esperanza, a fin de merecer la mejor ofrenda que depara la vida: el respeto y la consideración del prójimo; la que enseña que deben conservarse incólumes las fuerzas del espíritu, porque el único poder invencible de la tierra es el de los efectivos morales, que al decir de Ingenieros⁴, "hacen temblar a los tiranos y enaltecen a los apóstoles".

Sólo así, en fin, la Universidad forma ciudadanos dignos, capaces de unirse por ideales superiores, identificados con los principios en que se sustenta la vida democrática.

⁴ José INGENIEROS, *Las fuerzas morales*. Ediciones L. Rosso, Buenos Aires.

DEL PROFESOR SEGUNDO A. TRI, POR LOS DOCENTES DE LA UNIVERSIDAD

MERCED a la distinción que me ha conferido el señor Presidente de la Universidad, invisto hoy la honrosa representación de los profesores de la Casa en este acto de iniciación del curso lectivo del presente año. Tal como en las fiestas estacionales campesinas del término de la cosecha de las épocas primitivas, se arrojaba a las llamas los residuos de los frutos de la anterior para evitar que contaminaran los de las nuevas, realizamos hoy un acto simbólico de afirmación de nuestro presente —en constante deslizamiento hacia el futuro—, con decidida voluntad de superar el pasado. Ruptura y continuidad; esfuerzo para desprendernos del pasado en aquello que encierra de efímero y pasajero y de todo lo que dificultó nuestra marcha y dispersó y debilitó nuestro esfuerzo. Pero no olvidadizo e indiferente abandono; de él atesoraremos todo lo valioso y vivo, y asumiendo su preciosa carga, afrontaremos decidida y alegremente las nuevas tareas. Todo acto de iniciación expresa una esperanza que nace, compromete un esfuerzo para realizarla e implica una responsabilidad.

En la realización de aquel acto ritual primitivo se hallaba implícita la conciencia del ritmo cíclico de la Naturaleza, que en la variante faz de las estaciones refleja la continuidad y la permanen-

cia de lo vital. Pero también asomaba allí la conciencia del necesario y sostenido esfuerzo humano, del trabajo duro, fecundo y creador, la recíproca y solidaria presencia de las fuerzas naturales y del dinamismo humano, conjugan todo acto creador. Dependiente de la Naturaleza, que lo ciñe con férreos lazos, el hombre ya dibujaba sobre ella los trazos que compondrían el mundo ideal de los fines y valores humanos, que se apoya y a la par se superpone al mundo natural, y lo vitaliza con su rudo esfuerzo. Había comenzado una paciente, desigual e interminable lucha, la lucha creadora que contra la Naturaleza entabla el hombre. Éste, desde su aparición sobre el planeta, en arrogante pretensión imperialista, ha aspirado a dominarla y gobernarla para ponerla al servicio de sus fines. Desmesurada y orgullosa pretensión del esclavo que no se conforma con liberarse del yugo que le impone su despótico amo, sino que intenta someterlo a servidumbre. Y paga por ello un elevado precio: la entrega sin tasa de la savia de su esfuerzo y su afán. Y la ubérrima Naturaleza, madre amante a la par que implacable carcelera, jamás se entrega totalmente, ni le permite que alcance liberación plena ni que coseche frutos fuera de las fronteras de sus dominios. Avara de sus tesoros, que esconde y retacea, va abandonando, forzada, sólo partículas de sus riquezas. Y ambos, siempre sometidos, siempre vencedores, eternamente enlazados en furioso y apretado abrazo, ruedan por la móvil escena del tiempo. Amor es el más celoso y tiránico de los dioses.

Y así, tesonera, tenaz e incansablemente, el hombre va creando la cultura, la libertad espiritual —delicada y frágil flor que sólo vive y perdura nutrida con los jugos vitales del espíritu. Cultura, libertad espiritual: conquista humana, creación del hombre —el más débil e indefenso de los seres vivos, “el junco pensante” de Pascal, el que tiene conciencia de su pequeñez y su debilidad—; el que explora las estrellas y escruta el fondo de los océanos, arran-

ca sus secretos a la materia y se asoma al abismo de su propio ser interior para conocer sus arcanos. Busca afanosamente el dominio del mundo exterior e intenta el de su propio mundo interior. Y para lograrlo, crea instrumentos de eficiencia extraordinaria: ciencia y técnica; elabora la filosofía, la historia, el derecho y la economía, el arte y la poesía; se fija fines y estatuye normas de conducta y . . . los infringe; lo hostiga y acosa la sed de lo absoluto y se entrega a lo contingente, pasajero y baladí; dibuja el mapa de la humana Ciudad ideal humanizada y se arroja sobre su compañero de surco para arrancarle las entrañas. Insaciable, perennemente insatisfecho, jamás detiene su marcha.

La adquisición creciente de conocimientos merced a la solidaria contribución de las generaciones sucesivas, exige la elaboración de técnicas de investigación, de sistematización, de conservación, transmisión y difusión de los mismos, que importan la existencia de instituciones especializadas que permitan y faciliten la realización de esa ingente labor en forma apropiada y eficiente. Entre ellas, la Universidad ocupa un lugar de preeminencia.

“Preeminencia”: “privilegio por mérito propio”, y, consecuentemente, responsabilidad, la responsabilidad que acompaña, obligadamente, a todo privilegio. Y responsabilidad es “deuda”; responsable es quien se compromete y se da a sí mismo como garantía de la realización que se espera del privilegio tácitamente reconocido y otorgado por los demás. El que ingresa a la Universidad, el que la integra como profesor o alumno, se “con-promete” con los restantes miembros de su comunidad a darle lo mejor de sí mismo, sin egoístas retaceos; su privilegio es el de la entrega total. No pueden ni deben olvidarlo los estudiantes que hoy ingresan a ella: gozan de un privilegio y asumen una responsabilidad; el preciado privilegio de penetrar en el relativamente reduci-

do círculo específicamente destinado a la dedicación a las más altas tareas intelectuales, y la grave responsabilidad del cumplimiento estricto del deber anejo a tal privilegio, el que deberán conquistar válidamente y legitimar con sus desvelos, su preocupación y su trabajo. Y —lógico corolario— el de revertir hacia la comunidad de la que son miembros, los frutos de esa labor, con lo que lograrán enriquecer a esa comunidad que les ha posibilitado la posesión y el goce de los valores espirituales de los que la Universidad es históricamente depositaria.

Un mismo fervor nos une a todos por igual: no escatimar, no economizar fuerzas para la cabal realización de la obra común. No ignoramos las dificultades que para ello deberemos sortear ni desconocemos nuestras humanas limitaciones. Tenemos conciencia de los problemas a los que, pese a nuestro empeño, no hemos logrado dar adecuada solución, y como tales, como problemas, se los legamos a los jóvenes de la nueva generación que hoy traen su nueva savia a la Universidad. Y claramente comprendemos también que, junto a lo que nos une y nos aproxima, mucho hay que nos diferencia y diversifica. Y alcanzamos a vislumbrar que la anhelada armonía se cumple en el tiempo, unificando y amalgamando lo diverso y aun opuesto en una síntesis superior. Cada generación, en lucha con la anterior, pugna por imponer su propio aporte, su propia visión del mundo; esperamos con optimismo el de la que hoy se hace presente en la Universidad para enriquecerla. Por nuestra parte, nos empeñamos en arrojar a las llamas los residuos ya muertos del pasado, para que de él perdure sólo lo valioso y permanente. Aquella divinidad bifronte que escrutaba el pasado y avizoraba el porvenir, simboliza la fluyente continuidad del tiempo humano. Con lo diverso y nuevo que entrega cada generación se va ensanchando el cauce por el que se deslizan las aguas de la cultura nacional.

Señores estudiantes:

Ya habéis franqueado las puertas de acceso de la Universidad; estáis en su seno, gozáis del privilegio de formar parte de ella. Largas horas de vigilia, duro trajín y diario batallar os esperan. Y la recompensa: la conciencia de contribuir a ensanchar sus marcos, y, por ello, a cooperar en la noble tarea de modelar la siempre inconclusa imagen de nuestra nacionalidad. Recompensa de la alta labor realizada con humildad y alegría; humildad y alegría del trabajo y la entrega. “Alegría” —cantó Schiller, el poeta— “chispa divina, que a los hombres convierte en hermanos — Allí donde se posan tus dulce alas”.

DEL CONSEJERO Dr. LEOPOLDO J. RUSSO,
POR LOS GRADUADOS

EN el devenir incesante, se van sucediendo las generaciones y las nuevas promociones, son cubiertas por nuevos espíritus, ávidos de nutrirse en el conocimiento de la ciencia, de las artes, de la técnica.

Ese devenir incesante, exige nuevas ideas, nuevos caminos, para perfeccionar al hombre, en un derrotero sin fin de vivencias inextinguibles.

Si hoy y aquí, provocamos esta reunión para anunciar un nuevo año lectivo y congratularnos con la presencia de nuevas voces, es porque el hombre se renueva en su especie, esperando la savia vivificante de inteligencias al servicio de las nuevas necesidades y exigencias humanas.

Nada de lo hecho, merece no ser renovado, ni recibe el sello de lo imperecedero.

Los que ya pasamos por las aulas universitarias y recibimos su desinteresada dación, esperamos que las generaciones actuales y venideras, vengan con espíritu selecto, para corregirnos en los errores o modificar la vetustez de los principios inactuales. Pero ello compromete al reconocimiento reverente que merecen todos aquellos, que, herederos de una cultura, buscan transmitirla mejo-

rada y enriquecida con su propia experiencia o con los desvelos de noches de insomnio por encontrar las nuevas fórmulas, elucubrar los nuevos principios e ideas, que forjen la perfectibilidad de nuestras instituciones y hagan que el hombre goce de una más amplia LIBERTAD.

Función trascendente en ese elucubrar por crear, formar y transformar, cumplen nuestros maestros, a quienes hoy, también damos la bienvenida.

A los nuevos profesores, les decimos, que severa y gran responsabilidad se les ha confiado. Tarea augusta de maestros por antonomasia.

Maestro, que en el excelso sentido de la expresión, no es aquel que transmite más o mejores conocimientos técnicos o científicos, sino el que es capaz de enseñar con el ejemplo de su conducta recta y digna, al servicio de los grandes ideales, que ennoblecen al hombre y lo ofrecen como paradigma de emulaciones, para que otros sientan el inefable goce de la superación. Formar y crear. Dejar estela luminosa en su andar, donde sus discípulos encuentren el camino de la verdad, como fin esencial del quehacer docente.

Profesorar, no es ostentar un título o exhibir ante propios y extraños, blasones de distinción personal y envanecerse de ello. Es la tarea de elegidos, que por vocación dan y transmiten, para que otros abrevén en la fuente inagotable del saber. Es tarea de elegidos, porque no se siembra para sí. Es tarea de elegidos, en fin, porque da, sin esperar prebendas o bienes materiales y sí bienes inmateriales del que usufructuará el educando, ávido de enriquecerse con ese dar desinteresado.

Tal distinción obliga a brindarse, conociendo que se está formando y forjando el futuro, depositada la esperanza en el nuevo ser conquistado para la ciencia y el saber. Digna y austera función,

sabiendo qué crea progreso y contribuye como avanzada de civilización a construir ese futuro mejor.

Quien no lo sienta así, mal camino eligió, poco provecho material obtendrá. Abnegación y sacrificio. Dedicación e inquietud creadora, brindarán el fruto ubérrimo y pletórico de tal siembra. Y aquí está el triunfo. El progreso en la Libertad, está asegurado. Gracias Maestro.

A vosotros jóvenes estudiantes, que venís a esta casa, con ansias de ser; no os sentiréis defraudados, nuestros maestros están comprometidos, entonces no defraudéis vosotros; actuad con responsabilidad y sensatez; exigid, pero también exigíos. Todos esperan de vosotros.

Habéis abrazado la tarea insigne de la ciencia, de las artes o de la técnica. No olvidéis que la sociedad coloca en vuestras manos nada menos que buscar el entendimiento, la armonía y la identidad con la Verdad y la Justicia, fin supremo de nuestra confiada misión.

No vengáis pensando en el lucro fácil y posible o en el buen pasar que tal confianza pueda dispensaros. Nada de eso: sacrificios, sinsabores, desesperanzas os esperan, pero que por obra vuestra se convertirán en lucha sublime impulsada por voluntades rectas, que no desfallecerán al primer embate, sino que por el contrario, encontrarán en él la fuerza necesaria para vencer. Porque esa es la tarea nuestra, resurgir como el ave Fénix, reconstruir donde hay cenizas e imponer prístina y limpia esa verdad y justicia, patrimonio exclusivo de los hombres de bien.

Comprended que la "Universidad —al decir de Bascuñan Valdés— como corporación de Saber y Cultura, se identifica con la Democracia y sólo puede nacer y existir libre y para la Libertad, sin más límites que los que derivan de la libertad de los demás

y del superior imperativo del orden en la justicia y del bien y la seguridad en la igualdad". Y continúa Bascuñán Valdés: "En suma: la Universidad es una institución espiritual o moral y, por ende, libre y soberana para el acopio, incremento, enseñanza, aplicación y difusión del Saber Científico, y para objetivación y expansión de la Cultura en todas sus manifestaciones. . ." Institución jurídica autónoma, para la enseñanza y titulación de profesionales intelectuales y técnicos, bajo el contralor del Estado.

Nosotros agregamos que *la Universidad no es el crisol donde se fragua la apetencia de mercaderes del saber*, es el crisol donde se fragua el hombre al servicio de la humanidad, para su mejoramiento en todos los órdenes y que en definitiva lo convertirá en el artifice de su Libertad.

Por ello nuestra Universidad nunca se ha prosternado ante las iras de los tiranos mandones, aunque fuerte haya sido la acometida. Su espíritu enhiesto, mantuvo incólume los pilares en que se asentaba. Corruptos, débiles y apóstatas, buscaron hundirla en el fango de la ignominia, pero ello no fue posible, porque las reservas morales de sus profesores, maestros, graduados y discípulos, eran sus vigías. Error de aquellos que creían todo perdido. Cuidemos bien de las enseñanzas, porque nada extrañará que un futuro no muy claro, pretenda volverla. Para evitarlo, nos comprometemos, hoy y aquí, a que esos valores permanentes serán resguardados, como un tesoro legado por generaciones que nos lo confiaron. Seamos custodios de esa herencia.

Busquemos forjar la Universidad del futuro, perfeccionarla y hacerla servir a la humanidad, con el auténtico sentido de universalidad en el conocer y en el enseñar, sin olvidar los grandes problemas que afligen a nuestra generación. El país requiere de todos su participación. No le demos la espalda. Nuestra condición

de universitarios nos exige, sepamos ser fieles a la confianza depositada.

Trabajemos, más que en la propia suerte, en la preocupación por lograr una Argentina en un Mundo feliz, liberado de los flagelos de la ignorancia, de la pauperización física y moral, de los odios, de las desigualdades, de las enfermedades del cuerpo y la sociedad, de las guerras y del hambre, por la ciencia y la técnica al servicio del hombre, base y sustento de la Democracia, que nosotros concebimos. Este es el sentido y la dirección de nuestra Reforma Universitaria.

Porque la Ciencia y la Técnica, no son fines en sí mismas, sino el medio para el logro de esa perfectibilidad en la Libertad.

Toca, pues, a los estudiantes, profesores y graduados, con sus inquietudes creadoras, ser los permanentes centinelas, en la conquista de esa suprema finalidad.

La Ciencia y la Técnica, que elaboran únicamente para sí, sin proyección a los grandes valores humanos, carecen de vivencia y nos conducen a la esclavitud. La Ciencia y la Técnica al servicio del hombre, que lo sublimicen y acerquen más a la perfección moral y material, lo harán más libre, alejándole de su condición primate.

Joven estudiante, no esperes que todo te lo entreguen envasado en principios rígidos, desentraña tú mismo la verdad, en tarea mancomunada con tu maestro, búscala con ahinco; la ciencia no viene en píldoras prefabricadas que debas pasar como un mal trago, ella es rica y espera que la ensanchen.

Te recibimos con los brazos abiertos. En esta Casa debes sentirte como en la propia, tus maestros harán de ti, lo que desees ser. Tus inquietudes vuécalas con desinterés por el mejoramiento de nuestra Universidad. Tus sugerencias e iniciativas bríndalas generosamente, porque ellas siempre deben tender a mejorar, si

lo haces, más que en mira a tu interés personal, al interés de la enseñanza.

No olvides que formas parte de su gobierno, procede entonces con la medida que esa responsabilidad te impone, sin perder ni un instante la inquietud rebelde que distingue a tu ser juvenil. No traiciones a quienes depositaron su fe y esperanza. Piensa que eres el motivo y desvelo de otras generaciones que lucharon para hacer posible tu incorporación a la pléyade de estudiosos, sin importar de donde vienes, ni que origen tienes, conquista que debes mantener y afianzar, e impedir que otros puedan destruirla.

Busca la verdad e incorpórate a la falange de sus cultores y por sobre todas las cosas sigue el camino que tu recta conciencia dicte.

Este es nuestro mensaje, sepamos hacerlo realidad y habremos cumplido en parte nuestra misión.

Y entonces, así, sin grandes ademanes, ni gritos estentóreos, te damos la bienvenida, como feliz alumbramiento de madre esperanzada.

DEL CONSEJERO SEÑOR DANIEL PABON, POR LOS ESTUDIANTES

CUANDO, hace unos pocos días, escuchaba las noticias referentes a un astronauta que flotaba en el espacio, y al día siguiente la no menos notable de una cápsula que cambiaba su órbita en torno a la tierra, junto con la lógica alegría por estas hazañas del hombre, no pude evitar una honda pena, nacida de la confrontación de estos éxitos singulares del saber humano, con otra situación muy fresca en mi memoria: ese magnífico movimiento de resistencia pasiva que los estudiantes platenses, y luego los de otras Universidades, llevamos a cabo, hace pocos meses, para apoyar las gestiones de las autoridades universitarias por lograr un mayor presupuesto educacional. Y como en otras oportunidades —la aclaración, por repetida, es ociosa— nada o casi nada conseguimos entonces.

Las autoridades nacionales —las actuales o aquellas que las precedieron— no han comprendido que la educación, además de enriquecer el acervo espiritual del pueblo, es una de las más productivas inversiones; que sus resultados se hacen sentir muy pronto sobre la comunidad toda, elevando la producción y promoviendo un consumo más inteligente de los bienes.

Tenemos así que, por su inconcebible indiferencia, el gobier-

no impide a la Universidad cumplir con su obligación de preparar las mentalidades que exigen las hazañas y las grandes conquistas de nuestra era.

A la Universidad argentina le falta apoyo, le faltan recursos, le faltan maestros, pero, justo es reconocerlo, también le falta un objetivo claro y el definido deseo de alcanzarlo.

Debemos seguir reclamando, con más vigor que hasta ahora, el apoyo, los recursos y los maestros. Confío en que algo lograremos. Pero señalar el objetivo de la enseñanza que se imparte en nuestras aulas, y mover a los miembros de la casa a alcanzarlo, son tareas exclusivamente nuestras.

Es necesario planificar al detalle y a largo alcance, con la vista puesta en los fines mediatos de la Universidad. Y luego cambiar, no solamente detalles aquí y allá, sino toda la estructura. Lo opuesto, o sea el lento proceso de actualización que algunos propugnan, no sirve de nada: nos mantendrá siempre a la zaga, en la dinámica gestación que en nuestra hora experimentan las ideas y las ciencias. Y los estudiantes argentinos, señores, no debemos ni queremos ser meros espectadores de esta revolución que sacude a la humanidad y la lanza a la conquista del orbe.

Yo sé que la empresa de planificar una Universidad para el futuro es tan ardua, que muchos sienten miedo de embarcarse en ella. Pero ese miedo ya nos detuvo demasiado. Es hora de que todos los que tienen la responsabilidad de gobernar esta casa se detengan a meditar y aporten sus ideas, serias, desprejuiciadas y valientes, para superar el estado de atraso y desorientación en que nos hallamos. Estoy seguro que cuando el rumbo esté dado, los esfuerzos y el entusiasmo por lograr el objetivo vendrán solos.

Comprendo que es imposible, absurdo casi, pretender expresar en tan breve alocución cuáles son las características que los estudiantes deseamos para nuestra Universidad. No obstante, pue-

do referirme al problema de la formación integral, universal, que deben recibir los alumnos.

Nadie duda ya que, sin un basamento cultural amplio y resistente, el edificio técnico-científico se derrumba. Y también sabemos que su contraparte, la falta de rigor y conocimientos científicos al encarar los problemas del hombre, es igualmente peligrosa. Porque es tan inconveniente que el técnico ignore lo fundamental de las inquietudes sociales, económicas y políticas que acucian al hombre de su tiempo, como negativa la circunstancia de que el humanista no esté al tanto del adelanto y las perspectivas de la ciencia.

Creemos que la finalidad de la Universidad no es enseñar aspectos parciales del mundo, sino educar para comprender el mundo y nuestro lugar en él. Y no es por el camino de la parcelación del conocimiento, tal cual se la realiza en esta casa, por donde vamos a llegar al hombre integral que necesitamos.

El sistema de división en Departamentos, según el cual está organizada nuestra Universidad, es, en principio, una necesidad administrativa y favorece la comunicación entre los especialistas de un mismo campo. Pero es peligroso e inconveniente si promueve la formación de grupos —verdaderos clanes, en el sentido estudiantil de la palabra— desconectados de la comunidad social y política a la que pertenece. Entre ellos jamás podrá surgir el necesario entendimiento común.

Por considerarlas muy oportunas, repetiré las palabras que dijera el señor ingeniero Carlos Bianchi, cuando en 1958 retomara sus clases en la Facultad de Ciencias Físicomatemáticas: “Es necesario humanizar las carreras técnicas y tecnificar las carreras humanísticas, bregando para lograr una conjunción favorable que haga del hombre de ciencia, del técnico, del filósofo y del educa-

dor, seres completos que sepan contra qué deben luchar y en favor de quién deben orientar sus esfuerzos”.

Estoy seguro que cuando esta aspiración se haya logrado, será mucho más fácil para el ingeniero comunicarse con el economista, para el médico comunicarse con el psicólogo, para todos los profesionales, en fin, comunicarse entre sí.

Esto permitirá que de las instituciones especializadas surjan hombres capaces de abarcar un área más amplia del conocimiento, pues comprenderán las ideas fundamentales y sabrán comunicarse con los demás.

Algo se hizo ya en este sentido cuando el Consejo Superior, que tengo el honor de integrar, pidió, a los señores Decanos, sugerencias para concretar las disposiciones del artículo 6º del Estatuto de la Universidad, en el cual se establece la exigencia del conocimiento de los problemas fundamentales del saber y de la realidad social contemporánea, para los alumnos que reciben enseñanza profesional y científica. De la rapidez e indudable acierto con que los señores Decanos respondan a esta solicitud, dependerá la pronta solución de un problema básico para la formación integral del estudiante.

En la hora en que la Universidad nos convoca para la iniciación de los cursos, hemos omitido, deliberadamente, las figuras convencionales en nuestro discurso de apertura. Pues, los estudiantes, deseamos iniciar el trabajo trabajando.

SE IMPRIMIO
en el aula-taller
“Mario Sciocco”, de la
Escuela de Periodismo,
calle 53 N° 726
I.a Plata





AULA-TALLER MARIO SCIOTTO
ESCUELA DE PERIODISMO